



**HAROLD LLOYD,
EL EQUILIBRIO DE LA SUPERVIVENCIA**

A los setenta y siete años, Harold Lloyd ha muerto. En la historia del cine figurará como un sugerente crítico de la sociedad americana, entroncado en la incisiva y enloquecida generación de los Mack Sennett, Charles Chaplin, Buster Keaton, Harry Langdon, etc., aunque colocado, en comparación a éstos, en un plano secundario. Personificó Lloyd a un americano medio de provincias capaz de dar su vida por el «american way of life». Timido, pasivo, poco inteligente, el personaje de Lloyd llevaba al absurdo su extrema desconfianza en sí mismo junto a su fe ciega en la joven América. Colgado de un rascacielos —clásica imagen de su película «¡Ay, que me caigo!»—, luchaba incansablemente por su supervivencia en un equilibrio totalmente delirante, contando para su salvación sólo con las posibilidades que le proporcionaba el azar.

Desde el bigotito charlotiano, sustituido más tarde por el canotier de paja y unas gafas de concha, Lloyd hizo evo-

lucionar su tipo, enfrentándolo continuamente con un medio cotidiano. La propia constitución psicológica del personaje derivaba las divertidas situaciones en las que se encontraba. Sin distorsionar el exterior, Lloyd levantaba la carcajada precisamente a partir de esa timidez rígida, en la que se podía encontrar la contradicción flagrante entre el «superman» medio propuesto por la publicidad oficial y la real manera de enfrentarse al mundo del ciudadano normal y corriente.

Sobre Lloyd, Bernard Shaw diría: «La vanidad domina a los artistas y el sentido común apenas existe. Mr. Chaplin es la única excepción, y, hasta ahora, el único rival que parece lo suficientemente inteligente como para seguir su ejemplo es Mr. Harold Lloyd». La frase puede parecer excesiva, pero explica el éxito de público que el hombrecito del sombrero de paja obtuvo en los años veinte; éxito comercial que le hacía cotizarse en precios insólitos para la época, aún más altos que los de Chaplin o Keaton.

La revisión de su obra en «El mundo cómico de Harold Lloyd», película que compuso su hijo con los momentos más divertidos de las obras del famoso actor, nos trajo, hace unos años, la vitalidad de este cineasta que, sin llegar a la categoría de cómico genial, supo entender el cine como medio de expresión y divertimento. Aunque retirado prácticamente del cine desde 1947, la muerte de Harold Lloyd vuelve a ofrecernos la posibilidad de recordar los momentos más brillantes y eficaces del cine de humor. Parodias circenses, apología de la destrucción, sadomasoquismo enloquecido: todo lo que Lloyd representó dignamente junto a una generación genial de la que sólo supervive Charles Chaplin, y a la que únicamente permanece fiel el excelente Jerry Lewis. ■ **DIEGO GALAN y FERNANDO LARA.**

momentos excesivamente fácil y no por brillante menos fuera de lugar. ■ **CHAMORRO.**

CINE

**Capítulo XIX:
Sobre el desarraigo
de la mujer
americana
y sus causas.
Soluciones**

Partiendo de una base argumental parecida casi hasta el escándalo a la utilizada por Ford Coppola en «Lluvia sobre mi corazón» («The rain people»), que mi compañero Diego Galán comentaba hace un par de semanas en esta misma sección, Richard Brooks intenta en su «Con los ojos cerrados» («The happy ending», 1969) enfocar un aspecto más de la sociedad americana contemporánea, centro esencial de su filmografía, y a la que ha analizado desde el vasto retablo que componen las diecinueve películas realizadas hasta ahora por él. En esta oca-

sión es el matrimonio como institución fundamentalmente económica de la vida estadounidense lo que ha atraído la mirada del autor de «A sangre fría», sin que esto signifique que dicho tema sea el único propuesto a observación dentro del film que comentamos.

La inesperada huida de una mujer perteneciente a la burguesía acomodada americana en el momento de celebrarse el decimosexto aniversario de su matrimonio, al que todos consideran feliz y sin problemas, constituye el núcleo narrativo a raíz del que Brooks lanza una nueva pasada crítica sobre las constantes frustraciones y alienaciones que caracterizan la trayectoria de una clase social definida en un momento histórico muy concreto y particularizado como es el actual. Si el paralelismo con el film de Coppola termina aquí, «Con los ojos cerrados» se inscribe plenamente en una línea del cine estadounidense que —como señalaba Guy Brancourt en «Cinema 70»— viene marcada por el desarraigo de sus personajes, por el brusco despertar de unas contradicciones inasumibles, ante las que la única salida posible parece ser el marcharse, la huida hacia no se sabe qué, hasta no se sabe cuándo, la evasión más inmediata frente a unas circunstancias que resultan inaprehensibles y, por lo tanto, angustiantes. Sin entrar

gador. Precisamente por eso, por lo insólito, cobra valor el último libro de Porcel, «Los chuetas mallorquines. Siete siglos de racismo» (Barral Editores). Chuetas, palabra derivada de *xueto*, significa cristiano mallorquín descendiente de judíos conversos, relapsos y vueltos a convertir al catolicismo, y hasta hace muy pocos años —y en algunas zonas hasta ahora mismo, nadie sabe por cuánto tiempo— marginados de la sociedad y confinados a un lacerante ghetto.

Porcel ha compendiado la historia de este proceso fanático y racista estudiándolo tanto desde la perspectiva religiosa cuanto desde la económica y social, igualmente significativas y, por ende, más esclarecedoras. Desde la degollina de 1391 hasta las pes-

quisas llevadas a cabo por agentes nazis en 1942, el anti-semitismo insular —colateral al cabo del peninsular— queda expresado muy claramente a partir de una serie de testimonios fundamentales de la época. El libro está planteado como una introducción al problema y su lectura resulta amena y fácil, incorporando una serie de apéndices —listas de apellidos considerados chuetas, diversos testimonios de autos de fe, la Real Cédula de Carlos III declarando a los chuetas aptos para el servicio de mar y tierra, polémicas en torno a la cuestión— que consiguen y complementan su objetivo divulgador. Escrito con un estilo desenvuelto, el trabajo de Porcel no está exento de un cierto humorismo, que, sin embargo, resulta en algunos

